

De Estrella Genta y otros poetas

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

¿A cuántos de mis eventuales lectores dice algo el nombre de Estrella Genta, la uruguaya, a quien saludó Gabriela Mistral, con palabras de seguro alborozo? Se que a muchos, porque en su hora, Ismael Enrique Arciniegas y don Antonio Gómez Restrepo, cuyo jubileo se conmemora, hicieron el cabal elogio de la poetisa austral. Desde entonces, su obra lírica, de una pureza diamantina, se ha enriquecido y decantado. Así lo demuestra *La sombra en el cristal*, un libro testamental y transparente, como el agua sorprendida en el estuario del misterio.

Estrella Genta ha consagrado toda su vida a la docencia. Cuántos de nuestros catedráticos, maestros urbanos y rurales, podrían preguntarse, al fin de la jornada y, tras riguroso examen de conciencia, responder, sencillamente: "De los que a mi me diste, / no se perdió ninguno". Y esta advertencia que parece escrita para más de un funcionario de instrucción criminal colombiano: "que la noche se alarga y en las sombras confunde / el juez al perseguido con el perseguidor".

Mas la lección de Estrella Genta trasciende el aula y se entroniza en norma de vida y poesía. Desde los días de Amado Nervo, en la cima de la serenidad espiritual, qué pocos testimonios ha dado el verbo de América, que puedan compararse con el tono iluminado de esta mujer, ubicada en la frontera de la claridad. En su colina metafísica se orea el trigo de la luz, mientras llama a la muerte, como a "La molinera". O se demora, hermosamente, en "Las Estancias":

*“Una sola llave,
infinitas puertas.
Debo hallar mi estancia
antes que anochezca”.*

Mas el alba llega y con ella la mirada de Dios, en cuyas eras, nueva Ruth, espigó Estrella Genta, las más hermosas gavillas de palabras. Como estas que son feliz exégesis del Eclesiastés:

*“Polvo eres y en él serás tornado”.
¡Qué mínima la idea, y qué sencilla:
alimentar la mágica semilla
que crece con el polvo a su costado!*

*Que el polvo por el alma fue besado
y el polvo conoció a maravilla:
de un vaso milagroso ser la arcilla
por la mano de Dios acariciado.*

*“Polvo eres y en él serás tornado”.
¡Qué mínima la idea, y qué sencilla!
¡Y saber que la muerte no te humilla,
oh leve continente desbordado!”.*

* * *

Ejemplo de síntesis, de gema facetada, torre de cuatro muros, ofrece Jesús Rojas Marcano, ahora, en los micropoemas que integran *La ciudad*. Lección válida para los versificadores torrenciales, los poetas vegetativos, cuya obra se dispersa en ramaje de selva y lujuria estrófica. El de Rojas Marcano es el volumen número 25 de la serie *Poesía de Venezuela* que, en Caracas, edita Pascual Venegas Filardo, (apartado 1114) con calidad y tesón que no conocen fronteras, ya que al lado de firmas venezolanas alternan nombres como el del griego Jorge Seferis, la ecuatoriana Ileana Espinel y nuestro compatriota Fernando Arbeláez, en una reedición del *Canto llano*.

Entre meridianos de infancia y coordenadas de leve humor, se ubica esta poesía de Jesús Rojas Marcano. Periodista profesional y catedrático del difícil oficio, su contacto con la realidad de cada día, hecha noticia, quizás le ha dado esa visión objetiva del tema lírico, el don de concretar emociones fugaces en el marco de la economía verbal. Así, en esta ágil muestra,

donde la imagen del transporte urbano, la tragedia del burócrata de cada día, se convierte en dibujo animado:

*“Dos latas de sardinas,
dos latas de salmón
—los solos autobuses
que tiene esta nación—
atados al cordón
del ratoncito arriero
y correlón”.*

La magia verbal de Rojas Marcano realiza otros ensalmos, que recuerdan, sin imitar, a Carrera Andrade y a Gómez de la Serna:

*“El colibrí visitador,
el vendedor de aromas
y licor
entró por el postigo
de la flor”.*

O aquella del alumbrado, que tiene toda la eficacia de un *flash*:

*“La ciudad por la noche
en la calle mayor
le pide a los cocuyos
del portón
que enciendan sus bengalas
de neón”.*

No puedo dejar de transcribir como homenaje a “La Prensa” matinal, esta cuarteta de Jesús Rojas Marcano:

*“Los loros maiceros
bajo la neblina
dieron la primera
edición del día”.*

* * *

Toda antología implica un doble riesgo. Se peca por exceso o por defecto. En esta de la poesía andaluza contemporánea, parece que al compilador se le fue la mano, en la cosecha abundante de poemas que, muy difícilmente, pueden figurar al lado de los de Bécquer, Salvador Rueda, Juan Ramón Jiménez, Vi-

Ilaespesa, Manuel y Antonio Machado, Alberti, García Lorca, Aleixandre, Cernuda, Altolaguirre, Rosales y Souvirón, por ejemplo. La anterior mención indica el aporte en calidad y cantidad de los poetas andaluces al parnaso español. El reparo de la profusión y prodigalidad no amengua el mérito de la obra de José Luis Cano (*), cuya segunda edición constituye una verdadera lección de buen gusto, que sortea el escollo de eso que tanto gusta a cierta clase de turistas y que constituyen el repertorio obligado de los declamadores adocenados que, para tortura de los oídos, recorren los escenarios y radiodifusoras del mundo.

Diferente es el concepto que guió a García Prada, en su antología de los *Poetas modernistas hispano americanos*. La segunda edición, publicada también bajo el generoso patrocinio del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, enriquecida con notas biográficas y críticas, se contrae a veinticuatro nombres, entre los cuales aparecen siete mejicanos y tres colombianos: José Asunción Silva, Guillermo Valencia y Víctor M. Londoño. Cabría preguntar, por qué el señor García Prada, no incluyó a Porfirio Barba Jacob, el último de los modernistas de resonancia continental, cuya gran voz cierra el cielo renovador, del cual fue Rubén Darío, el adelantado azul? Porque si, en nuestra patria, por ser casa de esquina en el continente, el modernismo amaneció con Silva, alcanzó al cenit con Valencia, no es menos cierto que se asomó al crepúsculo con la palabra torturada de Miguel Angel Osorio.

La *Poesía de tres generaciones* constituye una antología sui-géneris, formada al azar de algunos recitales colectivos, organizados por el "Núcleo del Guayas" de la benemérita Casa de la Cultura Ecuatoriana, que en este año celebra sus bodas de plata. Sin embargo, la selección permite conocer la valiosa producción de los nuevos poetas, que todavía frecuentan las aulas universitarias, y reencontrar la palabra lírica ya decantada por el tiempo, de José María Egas, para sintetizar en un nombre todo el recuerdo. Se nota sí la ausencia obligada de Jorge Carrera Andrade, requerido por menesteres diplomáticos, en ultramar. Gracias, Cristóbal Garcés Larrea, peregrino de las letras del país fraterno, por este cordial presente bibliográfico.

* * *

(*) Antología de la poesía andaluza, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.

Siempre, el soneto. Ayer, hoy y tal vez mañana. En una vieja edición de *Cuba contemporánea* (¡manes de Fidel!), con la pátina de medio siglo, encuentro el *Ramillete poético*, compilado por Enrique José Varona, colección de sonetos heroicos, sagrados, filosóficos, amorosos y festivos de insignes poetas españoles, según reza el largo subtítulo. Ni qué decir cómo se liberta de la cárcel de catorce rejas el ingenio de Góngora, de Argensolas, Riojas, Quevedo y Lope de Vega. Con el antifaz de Tomé de Burguillos, uno entre tantos cortesanos, el fénix de los poetas españoles, publicó más de un soneto humorístico. Como aquel en donde, tras interrogar por los vestigios de la antigüedad clásica, concluye:

*“¿Qué fuerzas deshicieron peregrinas
la mayor pompa de la gloria humana,
imperios, triunfos, armas y doctrinas?”*

*¡Oh gran consuelo a mi esperanza vana,
que el tiempo os volvió leves ruinas,
no es mucho que acabase mi sotana!”*.

* * *

Contemporáneo nuestro, precedido por el espaldarazo de Jorge Luis Borges, el argentino Gustavo García Saraví restaura la monarquía del soneto, insuflándole savia nueva a la rosa verbal. Con razón, Borges postula a García Saraví para integrar “una antología ideal de la poesía americana o —¿por qué no?— de la poesía. Ese alto libro intemporal en que el tiempo va buscando algunas de las piezas que siguen”. Alude el maestro austral a las páginas *Del amor y los otros desconsuelos*, libro del cual cito, al azar, como sonetos memorables: *La pequeña barca*, *La manzana*, *Confesiones para el agua*, *Mi amante*, *La nube* y *Venus*. Por razón del tema, dejo que el *Mar* de García Saraví, galope con su

*“Yegua de espuma verde y sucesiva,
nácar licuado, música piafante,
sístole del planeta delirante,
inexplicable libertad cautiva”*.